

DIRECTORA:

SARA CASAL Vda. DE QUIROS

Apartado 1239

Teléfono 3707

OFICINA mi casa de habitación

BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
dada y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 13 de Junio de 1943

No. 556

Oleo admirable



Sorpresa y muy agradable nos causó la fotografía de un dibujo pintado al óleo por don Manuel A. Arroyo, del inolvidable Doctor Moreno Cañas, y que publicamos con verdadera satisfacción. El parecido pueden todos admirarlo y felicitamos de todo corazón a su autor que es el Director de Correos de Alajuela.

La Luz del Hogar

(Conclusión)

¿No sería mejor que en vez de pedirles tanto, les diésemos más?

¿No sería más conveniente poseer nosotros las virtudes que a los demás exigimos?

Orar no es permanecer toda la mañana en la Iglesia, ni recargar nuestro espíritu de multitud de devociones que sólo sirven para agobiarle, porque, hechas por rutina, poco o nada alcanzan.

Orar es estar atentos a la voluntad de Dios para ejecutarla, como buen hijo que no espera la orden de su padre para cumplirla, porque conociendo sus deseos se apresura a realizarlos. Orar es elevar el alma a Dios y pedirle mercedes, aunque el labio permanezca mudo; conformarnos con sus sabias disposiciones; humillarnos en su presencia reconociendo nuestra nada; permanecer unidos a El en medio de los trabajos y contrariedades de la vida.

Y con la oración todo se alcanza: si no es hoy, será mañana; si no lo que pedimos, algo mucho mejor.

Es innegable que hay que sufrir; pero esto lo sabemos todos, lo tenemos descartado, es cosa inevitable.

"Vuélvete arriba, vuélvete abajo, siempre tendrá cruz; "así lo dice Kempis. Pues si de todas maneras el sufrimiento es herencia común a los hombres, vale más utilizarlo en provecho nuestro y ajeno; vale más evitar rencillas, discusiones y enemistades; vale más vivir en paz y que todos nos echen de menos en la ausencia y deseen con ansia nuestro regreso.

Porque no por ser imperiosa, dominante, esclava de sus caprichos y cumplidora de su voluntad deje de padecer la mujer. Por el contrario, padecerá más, porque la menor contrariedad la irrita, lo que ella juzga desaire o indiferencia la torturará sin consuelo alguno, y los que con ella vivan la verán siempre como obstáculo para su tranquilo bienestar, a pesar de que en días dados sea condescendiente y espléndida hasta el despilfarro.

Procura, hija mía, que tu presencia como

la luz del sol, todo lo ilumine, todo lo embellezca, a todo ofrezca dicha y alegría; que te deslices sin ruido; que haciendo el bien sin pretensiones, no despiertes envidias, y todos sepan que estás a su disposición para ofrecerles un servicio, para darles un buen consejo, para sacarles de su apuro, corregir una falta, evitar un disgusto...

Piensa siempre en los demás; ocúpate de todo, seas la hada benéfica que va sembrando la dicha; coloca aquí unas flores para alegrar los fatigosos ojos del triste o del enfermo; procura dejar allá la huella de tu paso señalada con la hábil colocación de un mueble, con la acertada combinación de cosas que suelen no hacerse o hacerse mal, si no las realiza una mujer inteligente y buena.

Haz de manera que puedan decir: "Por aquí ha pasado ella: este detalle es suyo; esta dicha se la debemos; ¡es tan buena! ¡Siempre amable, tranquila y serena, parece que no hace nada y de todo se ocupa: es la luz del hogar!"

¡Oh Dios mío, que me inspiréis firmeza de voluntad para escribir estas páginas en medio de mil dificultades que lograrían abrumarme si no las escribiese por Vos, bendecidlas para que sea fecunda su labor; llevadlas a todas partes; introducidlas en los hogares cristianos para dar un poquito de amor, de consuelo, de luz; haced Vos que todo lo podéis, que este librito humilde, sin pretensiones, esté sobre la mesa de noche de las niñas, de las madres, de todas las almas que se amen, y que leyendo alguna página cada día, se esfuercen en seguir estos consejos, que brotan de un corazón henchido de vuestro amor!

Raquel (Matilde Troncoso de Oiz).

Gotas de Rocío es un precioso librito que aconsejamos a todas las Madres poseer pues sus consejos que hemos publicado íntegros servirán para la formación de las niñas educadas cristianamente

SEMILILTAS

Para mis hijos. RAQUEL.

“Salió el que siembra a sembrar semillas.” (Matth., XIII, 3)

Ya que las circunstancias, dirigidas por la voluntad de Dios seguramente, me impiden practicar muchas obras buenas que me son agradables y quisiera llevar a cabo cada día, procuro por lo menos ejercitarme en algunas de misericordia que la bondad divina deja a mi alcance...

Enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo ha menester, consolar al triste, todo esto puedo hacerlo y lo hago por medio de la pluma.

Tengo tanta seguridad del bien que se puede hacer escribiendo, que cuando me siento más obligada con Dios, cuando quiero inclinar su misericordia hacia mí, cuando deseo dar limosna a las almas, escribo unas cuantas páginas y las envío a las Revistas católicas para que las repartan...

Estas pobres páginas no tienen grande elocuencia, ni tratan de cosas muy altas, pero ha-

blan de Dios, de Jesucristo, de su bendita Madre, de las virtudes cristianas, y necesariamente han de hacer bien, como los escritos impíos hacen mal.

Pío IX hablando de esas hojitas piadosas que suelen distribuir las almas buenas, decía: “amo a esas mensajeritas de Dios: **una sóla de ellas me sirve algunas veces mucho más que un misionero.**”

No podéis figuraros cuánto me consuela y anima escribir estas **Semillas** que los Angeles se encargan de hacer fructificar en los corazones cristianos.

Aunque me fuese fácil conseguirla, yo no buscaría la gloria, que nada me importa. Me sería más grato consolar a un triste, fortalecer a un débil, hacer brotar un acto de amor en un corazón cristiano, que llenar el mundo con la fama de mi nombre puesto al pie de una obra maestra.

Escribir unas páginas por amor de Dios, para

Agua de Colonia Nacional

fina

fresca

fragante...

Calidad Insuperable a Bajo Precio

Cómprela en la

Fábrica Nacional de Licores o en el

Almacén Robert Hermanos

procurarle gloria haciendo bien a las almas, esa es mi más ardiente aspiración... si logro realizarla, me siento feliz... lo considero como limosna hecha al prójimo necesitado... ¿Acaso todos no lo estamos?

¿Quién no tiene necesidad de un buen consejo, de una frase amable y cariñosa, de un rayito de luz que disipe sombras y aclare horizontes, de una gota de bálsamo que cicatrice heridas dolorosas de las que se reciben de continuo en la penosa jornada de la vida?

Pues bien, el pensamiento de que puedo hacer todo esto, satisfacer deseos, anhelos, necesidades del alma, sólo con trazar algunas líneas, me anima y me consuela extraordinariamente...

También yo he recibido esa limosna espiritual y sé lo que vale... por eso escribo bajo la mirada de Dios, levantando hacia El mi pensamiento y ofreciéndole mi modestísima labor...

Si me leáis con tan buena voluntad como la tengo yo al escribir, vosotros y yo saldremos gananciosas.

Si por mis consejos os acercáis más a Jesús, practicáis las virtudes, trabajáis en la obra de vuestra santificación, ¡qué bien recompensada estaré! ¡y cómo gozo pensando en ello! por eso os aseguro que mientras pueda sostener la pluma y el buen Dios me inspire, nunca dejaré de ofrecer a las almas esta limosnita de amor.

III.—Semillita querida vete a buscar el terreno fértil de un corazón sediento de perfecciones; entra allí, arraiga, germina, florece y da abundantes frutos para la vida eterna, después de embalsamar con delicados aromas el árido sendero de la vida humana...

¡Olvidarse! ¿y de qué? de sí misma... olvidarse, no buscar por consiguiente el provecho propio, no desear ser algo, ni obtener aplausos, ni solicitar con más o menos discreción alabanzas que engríen, que fomentan el amor propio, que satisfacen la sensualidad.

¡Olvidarse! esta semillita de perfección quisiera hoy sembrar en muchos corazones, siquiera en uno... que diese altísima gloria a Dios. que le desagraviase de tanto y tan monstruoso egoísmo, que

mostrase a las gentes el maravilloso poder de la gracia...

¡Es tan difícil olvidarse!... Buscamos la senda recta para llegar al cielo, practicamos las virtudes, servimos a Dios, amamos al prójimo, llegamos a edificar a los que nos observan... pero no nos olvidemos... el YO permanece vivo y aunque alguna vez esté algo quebrantado, de improviso resurge potente como el fénix de sus cenizas.

¿Porqué hacer las cosas a medias, sin mérito y sin gloria? ¿Nos abnegamos? ¿abrazamos el sacrificio? Pues seamos generosas con Dios de una vez para siempre y démosle lo que más vale, lo que más cuesta... ese YO humano que tantas inquietudes nos produce, sin el cual seríamos felices, con la mezquina e incompleta felicidad que se halla en la tierra.

Queremos un puesto en que poder lucir... queremos que sepan quiénes somos, cuánto valemos... aspiramos a la gratitud a la consideración de las gentes; aunque blasonamos de amar el retiro y la obscuridad, nos gustan los elogios, nos complace que se cuenten nuestras cosas, que se diga que tal idea partió de nosotros, que somos alma de aquella buena obra, que nos sacrificamos por aquel ideal acariciado, que somos buenas...

¡Oh, hermanas mías, almas ansiosas de lo mejor que nunca llegaremos en este camino a la perfección que deseamos!... ésta es hermosa... atrae, encanta, la deseamos, hacemos algunos esfuerzos por atesorarla; pero los medios para llegar a este fin codiciado asustan y fatigan... ¡es tan duro vencerse quejarse, no una vez, dos, tres, sino siempre, a todas horas!...

Comencemos... sigamos con valeroso esfuerzo pensando en el Amigo de todas las horas, de todas las circunstancias, Aquel que tanto nos ama, allana las dificultades y acorta las distancias... ¡Acabemos de una vez! **¡olvidémonos!** Nuestro más encarnizado enemigo es el egoísmo que sabe disfrazarse y esconderse bien... Tratemos de aniquilarnos para que se debilite y muera: no pensemos en nosotros y Dios pensará... no nos dirijamos miradas compasivas, ni complacientes... cuanto con rigor nos juzguemos, más benigno será el juicio del Señor... pidámosle que nos muestre nuestra pequeñez sin velos... muramos a nosotras mismas para resucitar en El!...

El Peligro de la Patria

La nivelación de fronteras en una guerra en que la fuerza ha dejado de ser un símbolo y ha pasado a ser un culto, nos lleva a pensar sobre el porvenir de nuestra nacionalidad.

Es una verdad histórica, que los pueblos no mueren con perder sus dimensiones territoriales y su color en las cartas geográficas. Mueren cuando se despojan de su historia, de la conciencia de su vocación, de su fe y de su tradición de oro.

Ha sonado la hora de la prueba, y como a todos los pueblos, se nos ofrece el dilema de afirmar el carácter de la conciencia nacional o sucumbir al empuje de los nacionalismos extremos.

Si la patria es el alma de la nacionalidad, los postulados de la fe cristiana y los más nobles conceptos de personas y relaciones sociales y políticas, constituye el fundamento sagrado de la patria de los argentinos. Donde se afirma esta aserción, está demás el paganismo y las dictaduras, el desenfreno del liberalismo y la bárbara usurpación de los poderes absolutos.

Donde el espíritu y la letra de las leyes, salvaguardan el derecho sagrado de la libertad ciudadana, son bastardos los conceptos de gobiernos en que la estructura del Estado se erige sobre la esclavitud o la depresión de las masas.

Donde se afirma la vida nacional con el reconocimiento del decálogo y del código sagrado de los verdaderos derechos del hom-

bre, está de más la tiranía del liberalismo con la raigambre de sus absurdos doctrinales: el divorcio con lo sobrenatural, la igualdad como primer derecho, el naturalismo religioso, en fin el sistema político, social y ético de esclavizar por la licencia.

Sea una norma para nuestros gobernantes, conservar y aumentar el culto a la tradición. Y en esta batalla librada en nombre y defensa de la nacionalidad, luchar sin sosiego para que el alma que anima nuestro cuerpo geográfico, sea netamente argentina, con la cruz símbolo de su fe y la bandera expresión de patriotismo.

Cuando en el pueblo se haga carne la convicción de que la moral cristiana sea prácticamente la línea central de su conducta, no temamos las tiranías porque "ellas sólo arraigan en el estiércol de la corrupción social y en un pueblo moral, la atmósfera de virtud elimina esa planta al brotar".

Hay que convenir que la influencia laicisante, la disgregación de la familia, la confusión política, la relajación de hábitos y conducta social, llevan a la crisis de la nacionalidad. Pero no convenimos con los que frente a la enfermedad abogan para una terapéutica de izquierdas o derechas extremas. Cristianismo y democracia o democracia cristiana es el mejor remedio contenido en el espíritu de la tradición para las crisis del sentimiento nacional.

F. Octavio Chiavaroli.

Est. Mercedario.

La Sagrada Familia

Cual tesoro a los hombres escondido,
En un rincón de la feliz Judea
Se oculta el pobre hogar desconocido
Que las miradas del Señor recrea.

No allí del mundo los caducos bienes
Con torpe anhelo el corazón agitan;
Dulce nimbo de paz brilla en las sienes
De los seres divinos que allí habitan.

Todo respira allí, dicha y reposo,
Mientras al Hijo la mirada elevan
La Virgen Madre y el bendito Esposo
Que el yugo santo del trabajo llevan.

Calla José, y extática María
Guarda en el fondo de su pecho amante
Las frases de Eterna Sabiduría
Que habla por boca del Divino Infante.

Y todo al bien y a la virtud inclina
 En aquel pobre hogar santo y fecundo,
 Donde la gran revolución germina
 Que ha de cambiar la faz del viejo mundo.
 ¡Oh Jesús, gozo y paz de quien adora!
 Tú de la humanidad camino y vida,
 Luz de verdad, antorcha salvadora
 Sobre el horror del caos encendida.
 Haz que en estas modernas sociedades
 Tocadas de tan locas ambiciones,

Batidas por tan rudas tempestades,
 Penetren de tu infancia las lecciones,
 Y siguiendo el estrecho y pedregoso
 Camino de la Cruz que Tú seguiste,
 A tu ejemplo se humille el poderoso
 Y con tus penas se consuele el triste.
 Haz que tu hogar de Nazaret, perdido
 En un pobre rincón de la Judea,
 Por el mundo buscando y comprendido,
 Faro de gloria para el mundo sea.

Carolina Valencia.

Mata tu Soberbia

La soberbia nace de la exageración del propio "yo"... Nos creemos superiores en talento, en habilidad, en cualidades físicas o morales y nos levantamos un altar en nuestro interior...

El soberbio no quisiera parecerlo. Pero es inútil, la soberbia es como el humo. No puede estar encerrada. Al poco tiempo sale a la luz, asoma por las hendeduras... del menor descuido.

La soberbia aleja. De ahí que tengan los so-

berbios tan pocos amigos. Es que él es el rebajamiento, con frecuencia intencional, de los demás, y nadie naturalmente desea ser tenido en menos...

La humildad y la sencillez atraen.

Si vales, sé humilde, mata la soberbia y te congraciarás con todos, hasta con Dios...

Si no vales, o crees que no tienes de qué ensoberbecerte, con mayor razón apártala de tí...

Recuerda siempre que ¡Dios eleva a los humildes y humilla y abate a los soberbios...

SEGURO DE EDUCACION

**Este es un seguro de grandes ventajas para los padres
 que enfoquen bien el problema de la educación
 de sus hijos.**

**Este seguro garantiza la educación de los hijos
 aunque mueran los padres.**

**La única herencia real y verdadera que un padre puede
 dejar a su hijo.**

**SIRVASE CONSULTARNOS SU CASO PARTICULAR
 ESTAMOS A SUS ORDENES.**

Banco Nacional de Seguros.

NOVELA

—Pero de poco le sirvió el traje colorado, porque el huésped ni la miró. Cenó tranquilamente, tomó café, fumó un cigarrillo y se marchó a la playa... Quisiera que hubiese usted visto la inclinación tan elegante que hizo al pasar junto a nosotras. En cambio a las Manzanegue, como quedaban fuera de mano, ni las miró...—dijo muy satisfecha Prisca.

—No, hija, yo estoy segura que no fué porque quedaban fuera de mano sino porque comprendió en seguida que son gente ordinaria... Mira cómo el saludo que a nosotros nos hizo fué muy expresivo... Un hombre de mundo distingue en seguida a una señora de otra mujer cualquiera, aunque se vista en París como la Manzanegue—declaró Pantaria.

—¿Cómo? — preguntó asombrada de que saliesen de París semejantes adefecios.—¿La señora y la señorita de Manzanegue se visten en París?

—Eso dicen ellas, pero... averígüelo Vargas—murmuró Prisca.

El camarero entró con el desayuno, lo cual sirvió de pretexto a María Riverdal para cortar aquella conversación pintoresca. Un momento después, las Manzaeques entraban muy peripuestas y las Rodés las besaban enternecidas como si hiciese un año que no las hubiesen visto. María aplicóse a comerse sus tostadas y en cuanto hubo concluido se deslizó sin ser notada por el cóncave hasta encontrar la puerta encristalada del comedor.

Soplaba una brisa suavísima, pero fresca; el mar era de un azul verdoso y el cielo estaba deslucido y pálido por la telaraña de unas nieblas leves que amortiguaban la fulgidez del sol. María llegó a la playa, torció a la izquierda y rebasó la barrera de acantilados. Sobre la arista de la cresta granítica oteó el paisaje... Lejanas, las parejas pescaban, hinchadas las velas impólutas, como grandes gaviotas sobre el oleaje; en cuanto a la costa, era un trozo recto, firme y solitario... Ni una casa, ni una barqui-

chuela... Toda la vida parecía estar a la derecha, detrás de la fronteriza barrera de peñascos que separaba el pueblo del Rincón de la Herradura. Todo lo más que pudo alcanzar a ver María, fué a un hombre metido en el mar, con agua hasta las corvas, que tiraba una red cuando veía asomar algún pez sobre la cresta espumosa de las olas. ¡Qué paz! ¡Qué silencio! ¡Qué soledad!

Abismóse en la contemplación del espectáculo lo incansable del mar, esperando de un instante a otro con el corazón alborotado ver aparecer a su orilla la figura de Carlos Arústegui. María reflexionó mucho durante aquella noche y estaba decidida a ser buena, como le había prometido a Herrera. Pero con gran sorpresa suya y no pequeña mortificación, la mañana transcurrió en una espera inútil sin que el conde de Arústegui amanebiese por ninguna parte. ¿Estaría despechado porque ella no bajó al comedor la noche antes? ¿Sería esto una venganza? María sonrió, un poco nerviosa, pero en el fondo muy halagada: si le llegaban tan a lo vivo sus desaires, sería porque... Bueno, podía ser porque era muy orgulloso y tenía mucho amor propio, pero podía ser también porque...

María Riverdal, sin atreverse a concluir su pensamiento, se encendió como una rosa. Las piernas le flaqueaban cuando entró en la fonda, temiendo encontrárselo en el vestíbulo, o en el corredor, o en la escalera. Si lo deseaba con toda su alma... ¿por qué tenía ese miedo absurdo? Felizmente hizo la travesía hasta llegar a su cuarto: se lavó, se peinó, cambióse de traje. Era preciso afrontar a Carlos y ello iba a ser dentro de muy pocos momentos. Había elegido un traje de paño blanco que le sentaba a maravilla, un traje que había levantado las admiraciones de las Manzanegues; admiraciones que expresaron en forma de críticas ponzoñosas porque en esa clase de mujeres el sentimiento dominante era la envidia. Y cuando entró en el comedor, ya estaban las cuatro mujeres sentadas en sus puestos, muy

compuestas todas, en honor del forastero. María saludó ligeramente, pasó de tránsito, se sentó en su mesa junto a la ventana, desplegó su servilleta, untó de mantequilla una rebanada de pan...

—¿Cómo quiere la señorita los huevos?—preguntó el camarero.

—Al plato.

Crujió levemente la mampara; una alta figura, una cara familiar, unos ojos deslumbrados, llenos de llamas intensas, unos labios ansiosos sobre los que danzaba una sonrisa alegre... Carlos Arústegui entraba en el comedor bajo la mirada curiosa primero y luego sorprendida de las cuatro mujeres, y no era lo peor que entraba, sino que se dirigía como una flecha hacia María sin ve nada más que a ella. Si alguna duda le hubiese quedado a María Riverdal sobre los sentimientos que podía inspirar a su marido, bastárale verle en este momento, trémulo, emocionado, feliz... Todos los antiguos resquemores se deshicieron en el corazón de la esposa. De no estar allí las cuatro arpías hubiese corrido a sus brazos en un impetuoso arranque. Carlos Arústegui era hombre demasiado correcto para permitirse familiaridades en público; además, recordaba las últimas esquivas de su mujer y sabía por experiencia que era terreno que debía conquistarse palmo a palmo. Sin pronunciar una palabra llegó a ella y la besó la mano. Ya no era el beso cortés y por compromiso de los primeros días... ¡Cómo le sentía suyo ahora, a aquel frío e indiferente Carlos Arústegui, suyo, bajo su exclusivo dominio...! La deslumbró la idea: la madrinita buena había confiado en que su alma haría la conquista de otra alma y he aquí que la madrinita tenía razón porque la conquista ya estaba hecha. Las cuatro fieras se escandalizaron de este beso rendido del forastero. Ellas no concebían que se pudiese besar la mano a nadie más que a un sacerdote. Y luego se pusieron a cuchichear en voz muy baja. María tuvo la certidumbre de que le estaban arrancando a tiras el pellejo. Pero bajo la mirada de Carlos, embaída y feliz, era tan dichosa... tan dichosa, que bien podía perdonar a todas esas miserucas.

—Me permitirás, ¿verdad?, que me sienta a tu mesa... —dijole suplicante el conde de Arústegui, sin soltar las manos pulidas y cuidadas de su mujer.—¡No, no me digas que no, María! Hace de-

masiados días que no te veo para resignarme a estar lejos de ti ni un minuto más. Es imposible: no puedo vivir sin tí...

¿Qué maravilloso lenguaje es éste que oía la pobrecita, la desdeñada María Riverdal?

—Sin embargo, eso de sentarse a mi mesa, y de besarme la mano y de retenérmelas entre las suyas... es una cosa que me compromete mucho —rió ella con adorable malicia. —No olvidéis que soy aquí la señorita Adelaida Fajardo, una muchacha soltera que va a ser muy discutida por aquellos cuatro censores que ves en la mesa redonda.

—¡Valientes mamarrachos! — dijo Arústegui después de mirarlas con un retozo de risa en los ojos; —pero de todas maneras no creo que te comprometa mucho el invitarme a comer en tu mesa. Una señorita puede hacerlo con un amigo... Ya lo hiciste con Herrero...

—¡Oh! Es diferente, Herrero era un señor respetable, y tú eres...

Detúvose, un poco ruborizada, María Riverdal y añadió:

—... un guapo chico que ha flechado a las dos solteras (esas señoras flacas y bigotudas son solteras y hermanas)...

—Parecen sufragistas inglesas.

—... a una niña cursi.

—¡Huy!... ¡Qué fea!

—Y hasta quién sabe si habrás sido causa de que la rolliza señora de Manzaneque se vea turbada por pensamientos...

—No importa; yo en cambio no he sentido más flechazo que el de una gentil muchachita vestida de azucena que en el registro del hotel se llama Adelaida Fajardo. ¿No es perfectamente lícito y honrado que un forastero que acaba de llegar a este desierto y se encuentra entre cuatro perros de presa y una mujer preciosa, se enamore fatalmente de la mujer?

—Y, sobre todo, si se tiene en cuenta que esa mujer preciosa, es una mujer de teatro, una lagartona de esas que saben con sus buenas mañas engatusar a los hombres.

—¿Conque toda esa leyenda?... —echóse a reír Arústegui muy divertido. —¡Es pintoresco! ¡Eh!, camarero, tenga la bondad de traer mi cubierto a la mesa de la señorita.

Como no se recató para decirlo, las cuatro cabezas se alzaron a la vez cual si les hubiese picado una avispa en la barba y se clavaron ocho ojos centellantes en la mesita cubierta con un alegre mantel a cuadros azules y blancos, donde el conde de Arústegui desdoblaba su servilleta frente a María Riverdal.

—¡Es escandaloso!... Parece mentira que María Francisca lo consienta, porque su fonda ha sido siempre un sitio donde nunca se han admitido más que personas respetables...—protestó indignada la Manzanegue.

“Lo que a ti te duele en mitad del alma es que el forastero no haga caso de tu niña”—pensó la hostelera que detrás del mostrador presidía el servicio. Había oído perfectamente las palabras de las cuatro comadrecas, pero no se alteraba; dijérase en cambio que la divertían, porque una sonrisa retozona y traviesa le bailaba en los labios. Acaso el misterio de esta sonrisa proviniera de cierta carta recibida en el primer correo... una carta fileteada de oro con una coronita heráldica en el ángulo del pliego... una carta en cuyas breves líneas hubieran adivinado María y Carlos una caligrafía muy familiar.

Bajo un fuego graneado de miradas escandalizadas o coléricas, de cuchicheos imprudentes y de alguna que otra frasecita suelta, almorzaron María Riverdal y Carlos Arústegui con toda compostura y corrección. Verdad era que el marido estaba muy rendido y apasionado y la mujer rebosaba una ruborosa complacencia, y que las cuatro mujeres se morían de envidia y de rabieta por no poder poner en claro el misterio que oteaban...

—A mí no me diga usted que es una conquista, doña Urania — decía doña Prisca a la Manzanegue, — porque en tan poco tiempo no se conquista a un hombre. Esto viene de atrás... Y por cierto que huele a chamusquina...

—Desde el primer momento estoy diciéndoles a ustedes que no me gusta esa individuo... ¡Una mujer que se baña todos los días, y se pone esencias en el baño y gasta el jabón a espumitas!

—¿Usted lo ha visto, doña Ursula?—preguntó bajando la voz Pantaria Rodés.

—¡No he de ver! Entré la otra mañana al

cuarto de baño a lavarle la cabeza a la niña y no quieren ustedes saber cómo estaba aquello... Un escándalo, hijas.

—¿Sí?—preguntaron ansiosas ambas hermanas.

—Un perfume queapestaba... ¡Un perfume que debe costar un ojo de la cara!, y ninguna señorita decente dispone de tanto dinero para esas cosas, a menos que sea una millonaria. Y no creo que ésta lo sea porque yo no concibo a una heredera sin coche propio, ni doncella, ni señora de compañía...

—Tiene usted razón, por más que las muchachas de hoy se han vuelto tan independientes.

—Pero una señorita guarda siempre las formas... Pues, ¿y la ropa que gasta? En el cuarto de plancha tenía ayer la camarera a punto de entregarlo un juego interior de crepón de seda, que lo menos que cuesta es a cuarenta pesetas el metro, color salmón con encajes crema y bordados a mano... Lo cual que eran unos escuditos monísimos; me gustaría poderlos copiar para Filín; un cerco menudito a realce, cerrado con una coronita y dentro las letras... Casi no tuve tiempo de hacerme cargo porque lo ví todo a escape; pero gasta, gasta la chica. Y ese gasto no tiene más que una explicación.

—La explicación la sabemos todas...—añadió la niña toda venenosa.—Vino ella y al señor Herrero, que parecía mudo, se le soltó la lengua y ya vieron ustedes si intimaron poco; hasta irse solos a pasear en barca y tomar el té en las habitaciones de ella...

—¡A saber lo que harían y a dónde irían!—gruñó la Manzanegue madre, perdiendo su escasa continencia.

—Eso no — cortó secamente Pantaria.— A Herrero lo conozco yo desde que andaba a gatas... es decir (se corrigió pensando en que al hacer esta declaración descubría su edad), desde hace algunos años, y Herrero es una persona decente.

—¿Y usted se fía de un hombre, doña Pantaria?—dijo con aire de desprecio la ferretera.—Si no hay ninguno bueno, señora mía; si el mejor debía estar colgado...

—¿Sí? Pues usted bien supo casarse...

—Pues por eso, por eso... porque me casé

y los conozco—afirmó la Manzanegue.

—La señorita también debe conocerlos un rato largo, porque los trastea muy bien. Primero fué el señor Herrero y ahora este señor Poncé que no sabemos quién es, y si viniera otro, otro que conquistaba. ¡Jesús qué habilidad!—refunfuó la niña.

Carlos Arústegui y su mujer terminaron de tomar el café tranquilamente. Luego hubo entre ellos un momento de vacilación.

—¿Vamos a la playa?—invitó ella.

Le imponía entrar con él en su habitación. Prefería que la explicación que aguardaba y que tenía que llegar forzosamente, tuviese lugar al aire libre.

Arústegui aceptó la invitación sin decir palabra, con una mirada. Se levantaron ambos, salieron del comedor y a través del cancel de cristales, las cuatro arpias pudieron ver cómo el forastero le ponía la capa a la señorita de Fajardo y cómo caminaban los dos en dirección a la orillita del mar. La brisa se había acentuado convirtiéndose en un airecillo fresco y húmedo. El agua tenía reflejos pardos, como si estuviese sucia.

—El tiempo va a cambiar...—sugirió María.

Atravesaron la barrera de peñas y fueron a sentarse en una grande oquedad que les preservaba del molesto victecillo. Arústegui se volvió lentamente hacia su mujer y las dos miradas se cruzaron elocuentes, un poco cohibidas al comienzo, pero francamente entregadas al fin. La soledad era grandiosa e impresionante. Sin hablar una palabra se habían dado cuenta de que la compenetración absoluta venía a traer la felicidad a sus dos vidas rotas.

—María—empezó a decir Carlos Arústegui con voz flaca y emocionadísima,—tengo tantas cosas que decirte que no se por dónde he de empezar.

—¿Sí? Pues no me digas nada y acabas antes—sugirió ella con adorable coquetería. Así como así, no necesito que hables. Lo sé ya todo porque lo he visto en tus ojos.

—Pero es como una penitencia que yo mismo le he impuesto a mi orgullo en castigo de haberte hecho sufrir; he de hablar, precisamen-

te porque me cuesta un trabajo inmenso hacerlo, y lo primero que debo decirte es...

—Calla... suplicó María adivinando el esfuerzo de Carlos.

—No; es pedirte que me perdones.

—Carlos, ¡por Dios!

—Sí, perdóname mis desaires, mi frialdad, mis desplantes... Te hubieron de ofender sin remedio. Perdónamelos. Y perdóname luego mi soberbia que fué la que me hizo desconocer no lo que tú valías, que eso lo ví en seguida, sino mis propios sentimientos. Yo no quería confesarme a mí mismo que me estaba enamorando de ti; yo había dicho "que no podía quererte" y me veía humillado ante mi propio yo, cuando el amor empezó a hacer estragos en mi corazón a pesar de toda su pretendida coraza de indiferencia. Entonces, rabioso contra mí mismo, y lleno a la vez de remordimientos al ver que había quebrado tu vida, me vino la loca idea de marcharme. No, no, María, no me disculpes, no me digas nada, déjame acabar mi "confiteor" porque si no lo digo ahora, es fácil que nunca más encuentre el valor necesario para volver a intentarlo. Me fuí dejándote sola en Figuerola... Ahora que te conozco mejor, alcanzo lo que debiste sufrir durante aquellos días... ¡pobrecita!

La voz de Arústegui tenía esas hondas vibraciones del sentimiento que ponen la emoción en el que escucha; y si el que oye participa y abunda en la comunión con el que habla no es de extrañar que haya momentos inefables en los cuales el sufrimiento es casi un goce. María Riverdal cogió la mano de Carlos y la retuvo al estrecharla entre las suyas. Era la primera caricia que por su iniciativa y por su voluntad hacía a su marido. Arústegui se sintió penetrado en un hondísimo enternecimiento, pero no se movió; lentamente continuó hablando.

—Aquella fué en mí una cobardía, pero los días que pasé fuera de tu lado, deambulando sin rumbo por Europa, fueron como un suplicio de condenado. Como el verdugo no puede contemplar a su víctima, así yo no me atrevía a ponerme en tu presencia, aunque ya todo yo, clamaba por el consuelo de tu cariño.

Continuará

Don Máximo Chavez V.

Profundamente católico, su fe era sincera, siempre listo a defender su religión, apenas leía algo en el periódico contra la Religión o contra alguna de las instituciones religiosas salía a la defensa, era un buen soldado católico. Esposo y padre cariñoso, buen amigo, hombre recto y sincero,

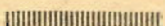
muy estimado de todos los que lo conocieron. Para su virtuosa esposa doña María Arias de Chávez, para sus bondadosas hijas y apreciable hijo, y demás miembros de la distinguida familia enviamos nuestro más sentido pésame. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso de su alma.



Don Enrique Chacón Carmiol

Su fallecimiento nos ha contristado pues era un joven fino, simpático y muy buen amigo. Hijo modelo, amaba a su madre con ternura y era un hermano insustituible. Fué un honorable empleado del Banco Nacional donde todos sus compañeros lo querían y

apreciaban por lo mucho que valía. Para su afligida madre, hermana y hermano y para los demás miembros de la apreciable familia doliente enviamos nuestro más sentido pésame. Suplicamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Enrique.



Don Oscar Polini Esquivel

Oscar Polini, joven caballeroso, atento, fino y muy simpático; falleció dejando a sus padres y hermanos con el corazón destrozado de dolor y a sus amigos profundamente tristes pues era un amigo insustituible por

lo sincero y bueno. Enviamos nuestro más sentido pésame a sus afligidos padres y hermanos y demás miembros de la distinguida familia doliente. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Oscar.



Don Gabriel Carrión González

Profundamente sentido por sus numerosas amistades ha sido el fallecimiento de este venerable anciano, muy querido y respetado por su bondadoso carácter y gran corazón. Enviamos nuestro más sentido pésame

a su bondadosa esposa doña María Astúa de Carrión, a sus apreciables hijos e hijas y a los demás miembros de la familia doliente. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso de su alma.



Doña Estela Molina Vda. de Bertolini

Doña Estela fue una señora sumamente piadosa, caritativa y una madre modelo, con cuánto orgullo la oímos hablar de su hijo Humberto, a quien enviamos nuestro más

sentido pésame lo mismo que a su señora esposa, a sus hijos y demás miembros de la familia doliente. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Estela.

Historia de Nuestra Señora de Montserrat

Al franquear los umbrales del Santuario de Cristo Rey se divisa, en su parte lateral, a mano izquierda, una virgen negra, rodeada por un coro de acólitos, en actitud respetuosa y cantando sus glorias y alabanzas: es la Virgen de Montserrat cuyo célebre santuario se encuentra a varios kilómetros de la inmortal Barcelona, la gloriosa Ciudad Condal, denominada así, porque Condes fueron los primeros gobernantes que rigieron sus históricos destinos.

Mi propósito es dar a conocer brevemente la historia de esta Virgen y una idea sucinta de la Ciudad en cuyas bellas cercanías se encuentra.

Barcelona: tendida sobre la arena histórica de las playas de Levante, la gran ciudad cosmopolita escruta la epopeya del mar latino, apoyando sus fuertes lomos en el basáltico pedestal de las montañas. Hileras de árboles frondosos visten de exuberante primavera sus calles anchas, rectas y espaciosas, donde millares los soberbios edificios lucen, con esplendor, todas las galas de la moderna arquitectura. Las más famosas arterias del mundo envidian su Rambla florida, elegante y bulliciosa, que, atravesando la ciudad vieja en uno de sus extremos contempla el movimiento incesante del anchuroso puerto, y extiéndese el otro hasta la plaza de Cataluña, grandiosa superficie adornada con palmeras, árboles copudos y artísticas farales, centro de irradiación de modernos y lujosos bulevares. Su puerto sin igual, con sus tres kilómetros de muelles siempre repletos de mercancías, y cuyas aguas sombrea un verdadero bosque de mástiles y velas; el incesante movimiento; todo, en fin, justifica el gusto exquisito y la gran vitalidad de esta ciudad prodigiosa, orgullo de los barceloneses y honor legítimo de la gran nación española.

Fué en las cercanías de esta bella ciudad, en donde la Virgen de Monserrat o la "Moreneta" como cariñosamente la llaman los catalanes, asentó su solio para proteger con su benéfico influjo la rica región de Cataluña. He aquí la verídica historia de Nuestra Señora de Montserrat, despojada de todos los matices de leyenda que la fantasía popular ha tejido en su alrededor.

Esta veneranda imagen fué llevada a España por el Jefe del Colegio Apostólico, San Pedro, cuando según el parecer de varios historiadores, visitó esa nación en los albores del año Cincuenta de la Era Cristiana. A San Etereo, primer Obispo de Barcelona, le cupo la honrosa distinción de constituirse en custodio de la veneranda imagen y en propagar por todos los ámbitos del país el culto que merecía la bella efigie de la Augusta Soberana de los cielos.

Con la desastrosa batalla de Guadalete, tumba de la Monarquía Goda, que en ese entonces regía los destinos de España, los árabes se posesionaron del privilegiado suelo de la antigua Barcino, la hermosa ciudad de Barcelona, que, cual Sultana Oriental, muellemente recostada en cojines de Damasco, sonreía dulcemente, en la plácida llanura. Ante la elocuencia persuasiva de los hechos vandálicos que se cometían diariamente; la profanación y el sadismo con que los enemigos de nuestra sacrosanta religión trataban las imágenes cristianas, el Prelado y el Gobernador de la Ciudad Condal se pusieron de común acuerdo, para salvaguardar de las garras draconianas de los infieles, la Sagrada Imagen, tan venerada de los catalanes.

La llevaron a las afueras y la colocaron en una cueva de la montaña de Montserrat, vocablo catalán que vertido al español significa "Monte Aserrado" debido a los caprichosos cortes de sus ciclópeas moles. Corría el año 880. Tres jóvenes de un pueblo llamado Aulesa, se dedicaban al pastoreo; un día observa-

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

ron, con enorme asombro y estupefacción, una purpúrea claridad que vomitaba haces compactos de luz, tanto que una música suave, tierna, dulce y arrebatadora, deleitaba sus oídos.

Aquellos sencillos aldeanos, temerosos de ser víctimas de una alucinación, trataron de ocultar el extraño suceso, pero como al sábado siguiente se verificó nuevamente el hecho, no vacilaron ya más y pronto corrió la noticia, como reguero de pólvora, por el pueblo y por sus más próximos aledaños. Durante cuatro sábados consecutivos renovóse tan raro acontecimiento. El piadoso párroco de Aulesa y el venerable Obispo de Manresa oyeron también las melifluas armonías que desgranaban aquellos coros invisibles y autentificaron el suceso como un prodigioso milagro, con el cual la Divina Providencia

les revelaba algo que debían apresurarse en buscar. Organizaron una devota procesión, costearon las orillas del río Llobregat y escalaron la cumbre de la montaña en cuya cúspide aparecían ígneas luces que, a menera de antorchas alumbraban el monte con vívidos fulgores. Arribaron, por fin, a la misteriosa cueva, donde 163 años antes, fuera escondida la venerada imagen de la Virgen María e iniciaron una búsqueda por su interior. Pronto hallaron la Imagen Sagrada, y, llenos de devoción y amor filial a la Madre de Dios, se postraron de rodillas y, humildes y reverentes la aclamaron como a su especial Protectora.

El venerable Prelado, después de muchas reflexiones y consultas, resolvió trasladar la piadosa efigie a la vecina población de Manresa y volvióse a reorganizar la procesión; mas cuando llegaron al punto en que hoy está enclavado el célebre Monasterio, la imagen se volvió tan pesada y los esfuerzos sobre humanos que los hombres realizaban para proseguir la marcha resultaron tan infructuosos, que, todos a una, reconocieron unánimemente la irrevocable determinación de la Amorosa Reina de los Cielos de que su soberana voluntad era que allí mismo se le edificara un templo, desde el cual oyera las súplicas y preces de sus fieles devotos.

Rápidamente pusieron manos a la obra y, en aquel punto indicado, levantaron provisionalmente una modesta ermita, en donde la veneranda ima-

gen era visitada por los fervientes cristianos que, viendo en ella a una Madre bondadosa y amantísima iban a implorar sus divinos auxilios en todas sus necesidades.

En aquel entonces Wilfredo el Velloso era el Primer Conde soberano de Barcelona; tenía una hija, llamada Riquilda y como el cielo le había deparado un gran beneficio, suplicó a su padre le permitiera consagrarse a Dios en aquellos lugares fundando algún humilde monasterio. Su generoso progenitor, en un arranque de heroísmo y de sublime sacrificio, le contestó: "Humilde y pobre será, porque nada hay bajo la capa del cielo que sea digno de la augusta Emperatriz del empíreo pero yo te prometo que esta capilla ha de hallarse en un suntuoso templo, con un grandioso monasterio que haré edificar en acción de gracias a Nuestra Señora por el el singular beneficio que hoy me ha dispensado.

El Conde cumplió fielmente lo estipulado y Riquilda llegó a ser Abadesa de las religiosas benedictinas que, primeramente lo habitaron, hasta que, andando el tiempo, fueron reemplazadas por los monjes benedictinos.

Grande y ferviente es la devoción que en todo tiempo se ha profesado a la especial Patrona de Cataluña y eminentes son los varones de ilustre prosapia que la visitaron en su cueva de Montserrat. De ordinario los que contraen matrimonio pasan una fase de su "Luna de Miel" en Montserrat y hay un popular adagio catalán que reza así: "No se ben casat qui no ha anat a Montserrat". Quien no ha visitado a Montserrat no está casado conforme Dios manda.

El insigne Ignacio de Loyola, al abandonar la carrera de las armas visitó a Montserrat. Confesó con los religiosos del Monasterio y trocando sus ricas vestiduras y atavíos por el tosco sayal del eremita, retiróse a una casa solitaria en las inmediaciones de Manresa y allí, cerca de Nuestra Señora, se entregaba a una vida austera y penitente. En este oculto retiro, a los pies de María, ideó San Ignacio la fundación de la española Compañía de Jesús y escribió el Libro de los Ejercicios que ha convertido más almas que letras encierran sus páginas.

Conservar es Economizar

A veces una imprudencia arruina una prenda u objeto.

Un bonito mantel, por ejemplo, que haya sido quemado inadvertidamente en una punta con un cigarrillo, ya queda desechado o bien se lo recorta. Pero no estará perdido tomándose la molestia de hacerle unas incrustaciones decorativas, que se repetirán en los demás extremos.

Las prendas que tengan adornos de tejido metálico, para que éste no se ennegrezca hay que guardarlas recubiertas con papel de seda negro.

Un hule que se limpie sólo con agua caliente, se agrieta más pronto que lavándolo con agua fría y pasándole una vez seco un poco de leche. No hacerlo así redundará en perjuicio de la economía.

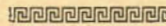
—Un punto que se corra en una media

basta para estropearla si no se detiene su curso. Pasando un poquito de jabón donde ha saltado la malla, puede evitarse que progresa la corrida, facilitando su ulterior arreglo.

—La plancha excesivamente caliente daña muy fácil un vestido en forma irreparable. Cubriendo el género con un paño se amonora este riesgo. Además, no se marcarán tanto las costuras, lo que afea la prenda y hace que se la deje en desuso.

—Los zapatos duran más si se les pasa por la suela un poco de glicerina; esto evita que se gaste rápidamente.

—Un traje con mucho brillo por el uso siempre queda inutilizado antes de tiempo. Pero si se le quita ese brillo con agua algo salada y un poco de amoníaco, se prolongará su duración con la economía consiguiente.



La Corrección en el Vestir

La corrección en el vestir es capítulo importante dentro de las normas sociales. Para cada oportunidad hace falta una vestimenta apropiada. Hay actos a los que es menester concurrir con un atavío que armonice con la suntuosidad que ha de servirle de marco, con el lugar en donde tenga efecto, con la índole de la ceremonia o reunión. Hacerse presentes con absoluta prescindencia de esta norma invariable, vestidos como más agradare, equivaldría a incurrir en una falta.

La corrección en el vestir no exige una provisión numerosa de vestidos y accesorios; impone solamente propiedad, presentarse con la indumentaria que cada caso requiere.

Si se tiene que concurrir a una cena de etiqueta, las damas llevarán un vestido elegante de noche, siendo muy adecuados los de escote alto y manguitas cortas. Para una cena íntima es suficiente con un vestido de

También la nota de sencillez deberá predominar en las toaletas indicadas para asistir a un almuerzo. Los vestidos pueden ser cortos, de paseo, interpretados en finas sedas estampadas.

Para ir de visita lo más adecuado es un vestido de tarde, con elegante sombrero y accesorios que presen realce al conjunto.

El atavío para cocktail debe estar de acuerdo con los contornos que revista. Si es de etiqueta, cabe el vestido largo, de gran distinción, con toca de flores, plumas o turbantes pequeños. Si el cocktail no es de gran suntuosidad, más bien íntimo, lo indicado es un vestido de tarde elegante, corto, con sombrero de paseo.

Para el té rezan idénticas normas.

La concurrencia a bañes exige vestidos de noche, largos y escotados, con manguitas cortas o sin ellas, según el modelo que agrade. Las jovencitas emplearán para la confección de estos vestidos materiales va-

porosos como la organza, organdí, muselinas y encajes blancos.

La toaleta para asistir a un casamiento depende también de la importancia que vaya a asumir el acto.

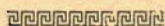
Si es de gran boato, es imprescindible el vestido de etiqueta, para la noche, sobrio y elegante, que se complementará con un bien escogido sombrero.

Para un casamiento que tendrá efecto en la intimidad o bien se celebrará con una pequeña reunión, es correcto el vestido corto de paseo, con sombrero y accesorios armonizantes, detalle éste que merece ser cuidado.

La madrina de boda, si es una señora de cierta edad, vestirá traje negro de encaje o rica seda y sombrero o toca negros, siendo asimismo de este color los accesorios. Tratándose de una señora joven es apropiado y vistoso, un elegante traje de encaje, muselina, crepé de seda, etcétera, lo mismo negro que de tonos claros, que combine preferentemente con accesorios más bien oscuros.

Los jóvenes que integren un cortejo conviene que se pongan de acuerdo previamente para uniformar gustos y opiniones.

Elisa H. de Sierra.



Aumenta la Irreligión...

Y aumenta la criminalidad de los menores de edad.

Aumenta la irreligión y aumenta el número de inmorales.

Aumenta la irreligión y aumentan las cárceles, los encarcelados y los detenidos.

Aumenta la irreligión y aumenta el número de ladrones, de asesinos y de estafadores.

Aumenta la irreligión y aumenta el número de sirvientes y sirvientas infieles.

Aumenta la irreligión y aumenta los explotadores y acaparadores sin conciencia.

Aumenta la irreligión y aumentan los jóvenes víctimas de las enfermedades y del vicio.

Aumenta la irreligión y aumenta el número de vigilantes y soldados para mantener el orden.

Aumenta la irreligión, y aumentan los hijos e hijas rebeldes a sus padres.

Aumenta la irreligión y aumenta la crónica de policía.

Aumenta la irreligión y aumenta el número de patronos e industriales sin conciencia.

Aumenta la irreligión y aumenta la gente agitada, nerviosa y descontenta.



RECETAS DE COCINA

Guisado de zanahorias y alverjas

Una libra de zanahorias de raspan bien y se ponen a cocinar al vapor o en porquita agua con sal. Aparte se ponen a cocinar media libra de alverjas en poquita agua hirviendo con una cebolla, cuando están suaves se les pone un poquito de sal y un poquito de azúcar y se dejan hervir un ratito más. Cuando las zanahorias están suaves se pican en cuadritos pequeños. En una cacerola se pone una cucharada de mantequilla y media cebolla finamente picada, cuando la cebolla está frita sin dorarse se agregan las zanahorias y las alverjas bien escurridas, se dejan freír un momento y se sirven.

Bananos Suzette

Se escogen unos bananos maduros, se colocan en un pirex untado de mantequilla y por encima se les unta con una brocha mantequilla, se espolvorean con azúcar moreno y cáscara de naranja dulce rallada y luego se bañan con un poquito de vino blanco seco. Se tapan y se meten al horno rociándolos de vez en cuando con el líquido que van soltando. Si no tienen suficiente líquido para bañarlos se les pone un poquito de miel de azúcar. Cuando están dorados se sacan y se sirven.

Betina de Holst Hijos

le ofrece

CINTAS DE GRO, RASO y TAFETAN
en todos colores y anchos

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTES Y ANTEOJOS DE TODOS

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

En la TIENDA de
CHEPE ESQUIVEL

Avenida Central. Esquina opuesta de
Mercado

Encontrará Usted las mejores

COBIJAS

!!Prepárese para el frío!!